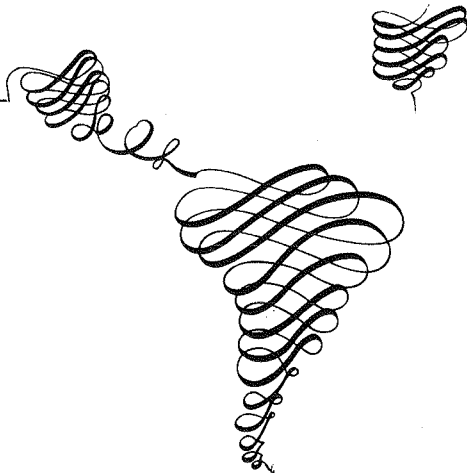




Frente al auge del fascismo

Magnificar el peligro contribuye casi siempre a acrecentarlo. Nada más lejos de nuestra intención al abordar el peligro del resurgir del nazismo y del fascismo en Europa. Pero minimizar el riesgo y pasar por alto ciertos síntomas de retorno de la pesadilla constituiría un acto de ceguera e irresponsabilidad. Tratemos, pues, de aproximarnos con mesura al problema.

Datos e indicios

Las últimas elecciones han puesto de manifiesto un auge considerable de los partidos neonazis y de ultraderecha:

- En Berlín Oriental, el NPD ha obtenido más de un 10 por 100 de los sufragios. En Austria, el partido ultraderechista de Joerg Haider ha sobrepasado ampliamente esta cifra en las elecciones regionales de Viena y, como símbolo, ha obtenido mayoría absoluta en el pueblo natal de Hitler.
- En la Bélgica flamenca, el Vlaams Blok, ferozmente racista, ha multiplicado por seis sus resultados anteriores (ha pasado de 2 a 12 diputados) y ha conseguido un inquietante

25 por 100 en Amberes, la segunda capital del país. En la Bélgica valona, la ultraderecha ha conseguido entrar por primera vez en el parlamento y el partido de Jean-Pierre Rossem, actualmente encarcelado por estafa, ha conseguido tres diputados mediante una campaña que se ha basado en denigrar a los partidos políticos y al parlamento.

- En Francia, el Frente Nacional de Le Pen es el tercer partido del exágono y una reciente encuesta (noviembre de 1991) demuestra que el 36 por 100 de los franceses suscriben sus tesis racistas y xenófobas. A favor de estos vientos, el FN se ha atrevido a publicar las cincuenta medidas inmediatas que tomaría en caso de llegar al poder: expulsión de los extranjeros, retirada de la nacionalidad adquirida por éstos, restricción del derecho de nacionalidad a los franceses con raigambre de sangre gala, etc.
- En Italia, la Liga Lombarda se ha erigido como primera fuerza en Lombardía. Si bien la filiación ultraderechista de la Liga no está tan clara como en los casos anteriores, la emparenta con ellos su fustigamiento y desconfianza hacia los partidos políticos.
- En España, una encuesta del CIS (octubre del 91) revela que el 11 por 100 estaría dispuesto a votar una opción de ultraderecha.

A estos datos, cuantificados con el rigor de las urnas o las encuestas, hay que añadir otros datos cualitativos, no menos relevantes: grupos de jóvenes ultras levantan con orgullo su brazo derecho en los estadios de fútbol o aporrean a otros manifestantes en las calles de Madrid y Barcelona; pandillas de neonazis incendian albergues de extranjeros en Alemania (antigua RF); neofascistas italianos vienen a conmemorar el aniversario de la muerte de Franco... Además, en casi todos los casos, a estos grupos de ideología definida se suman otros descontentos sociales, como los cabezas rapadas y algunos marginados.

También hay que meter en el saco de los datos el hecho de que figuras como Giscard D'Estaing, de probada solera democrática, hayan postulado una redefinición restrictiva de los derechos humanos, apelando al ius sanguinis por encima

del ius soli, lo que manifiesta una irrupción peligrosa del mito racial y nacionalista, tan querido de los nazis, en nuestras mismas trincheras de defensa.

Por otra parte, las eclosiones nacionalistas en el Este europeo están en muchos casos asociadas a fuerzas ultramontanas, como manifiestamente ha sucedido en Croacia, o al fundamentalismo religioso-político, como ocurre en algunas repúblicas musulmanas de la antigua URSS. Además, la frustración de 250.000.000 de ex soviéticos, que de la noche al día han pasado de sentirse pertenecientes a una gran potencia a sentirse irrelevantes en el concierto mundial, y la dramática situación económica, con la quiebra del Gosbank, la carencia de artículos de primera necesidad y el hambre en los hogares (el mismo Yeltsin reconoció que sólo en Rusia hay unos sesenta millones de pobres) describe una situación demasiado parecida a la que soportaba Alemania en los años veinte, cuando se consolidó el partido nazi y pone en boca de algunos añorantes el aforismo similia similibus curantur. Tampoco se puede ignorar que gran parte de los alemanes aceptan a regañadientes la renuncia impuesta a sus tierras históricas de Pomerania, Silesia y Memel; y todos sabemos que el irredentismo combinado con la demanda de Lebensraum fue y es caldo de cultivo de las ideologías totalitarias.

Una reflexión necesaria

Los datos expuestos obligan a algunas reflexiones y a someter a análisis la extendida creencia de que la democracia de finales del siglo XX ha generado suficientes defensas como para hacerla indestructible.

- Los intelectuales dan, en general, por definitivamente adquiridas las libertades formales y discuten cuestiones, importantes sí (la recuperación del sujeto, la extensión del ámbito de la sociedad civil, la destutelación religiosa de la

ética, etc), pero que sólo tienen sentido si las libertades no están amenazadas. Sería dramático que dentro de dos o tres lustros tuviéramos que describir los debates actuales aludiendo a las liebres de la famosa fábula que perecieron en las fauces de sus enemigos mientras discutían si eran galgos o podencos. Los intelectuales conviven mal con cualquier ideología totalitaria y son siempre un ariete decisivo para el derrumbe de la misma, como bien se ha demostrado en el proceso de demolición del comunismo. Pero históricamente no han sido igualmente eficaces en la evitación de las dictaduras. El debate del nazismo debe estar presente en la prensa y no arrinconado en trenos rutinarios cuando se produce un avance electoral o un desmán de la extrema derecha. Probablemente no tenemos todavía derecho a enterrar la memoria histórica de la barbarie y conviene que, periódicamente, sobre todo cuando se niega la misma existencia de campos de exterminio, escuchemos firmes aquel bíblico Memento, Israel que nos preserve de la recaída.

- *Los poderes públicos no siempre regulan satisfactoriamente la antítesis seguridad-libertad y el hecho, sociológicamente constatado, de que las sociedades más libres son también las más inseguras para el ciudadano, provoca demandas crecientes de intervenciones más energéticas por parte del Estado al que, si no puede exigírsele que siga siendo «Estado de bienestar», se le exige que sea por lo menos «Estado de seguridad». Los gobernantes deben comprender que renunciar a ejercer la violencia legítima, dentro del derecho y la justicia, nunca más allá ni por razón de estado, es abrir el camino a las violencias ilegítimas que empiezan siendo patrullas ciudadanas, luego pueden ser escuadrones de la muerte y terminan apoderándose del propio Estado.*

- *La clase política maldice el totalitarismo, y estamos seguros de que, ante un peligro inminente, presentaría un frente común contra él, pero el espectáculo que ofrece es a menudo deprimente. Las ideologías han perdido definición y los enfrentamientos dialécticos son casi ritualizaciones entre adversarios inexistentes. Así es posible que quienes se injurian la víspera de las elecciones gobiernen juntos al día siguiente, que los diputados se fuguen con su escaño a regiones políticas*

teóricamente muy distantes o que el aliado de hoy sea el proscrito de mañana. Por otra parte, los partidos han instaurado un reino de nomenclaturas y en cierto modo han sacralizado sus siglas, legitimando, mientras no se descubra, el fraude o la corrupción como medio de obtener dinero para la causa. Todo ello produce el descrédito de partidos e instituciones y agranda el desafecto de la sociedad hacia la clase política que la representa. Es urgente regenerar y diafanizar la gestión política para impedir que nadie pida cirujanos de hierro.

● *Los sindicatos han emprendido un peligroso camino neocorporativista sin advertir que se están emparentando con los modelos fascistas que repudian: disfrutaban de asignaciones en los presupuestos del Estado, se han convertido en gestores de fondos de pensiones, titulares de sociedades aseguradoras, agencias de viajes, empresas inmobiliarias, etc. Cada vez se parecen más a organizaciones de defensa gremial y se alejan de la perspectiva universalista que los convirtió en uno de los bastiones más firmes del antifascismo. Es una necesidad histórica que los sindicatos superen su propia inercia y asuman, en situaciones de crisis duraderas como la que nos toca vivir, la tarea de defender antes las libertades (derechos de todos) que los derechos de una parte de la sociedad. Esa sería la barrera más infranqueable para el nazismo.*

● *La sociedad occidental se ha engolfado en un individualismo feroz y ha entronizado el placer, el dinero y el poder como valores supremos, a cuyo logro todo puede subordinarse. Cuando alguno de estos valores se ve amenazado, aceptamos cualquier transgresión moral, incluso la destrucción de quien lo impide o la autodestrucción mediante la droga que promete el regreso al edén. Nos hemos hecho buzones de nuestras propias cartas. Hemos perdido la referencia a valores individuales no hedonistas y a valores colectivos de solidaridad. Ello nos hace aceptar y aun exigir medidas contra los extranjeros o las minorías molestas, sobre todo si son racialmente diferentes. ¿No ha entregado ya nuestra sociedad gran parte de su territorio a las ideas totalitarias? Nos falta aceptar los razonamientos clásicos de esta ideología y reconocer que, al impulsar o negar trabajo a*

los marroquíes, estamos cumpliendo el «patriótico» deber de defender nuestra casa e identidad, y que, al marginar a los gitanos, estamos cosiendo en sus ropas la execrable estrella amarilla del gueto. Urge ponernos todos al trabajo de crear desde la escuela una cultura de la solidaridad, en la que tenga sentido la audacia de ser austeros y aceptar el sacrificio.

En resumen, no se trata de proscribir ninguna ideología, sino de contenerla en los límites que garanticen la expresión de las demás. La democracia, dentro de sus reglas, debe tolerar a sus propios disidentes y al mismo tiempo impedir la ruina de una forma de gobierno que «es el peor de los sistemas, excluidos todos los demás».